

HUMBERTO NAVARRO

EL BARCO DE PAPEL
Y
MEMORIAS DE UN PILOTO



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL



QUITO—ECUADOR

1 9 4 7

ESTE BARCO DE PAPEL.....

"Barco de Papel" o barco de los sueños... Este libro es un barco con velas blancas, en un mar de tristeza. Navega en las ondas nostálgicas de la juventud que experimenta el choque entre la realidad y el ensueño. Quiere el hombre conformar el mundo con una materia alada. Pero es vencido por la gravitación universal de la realidad que despedaza las ilusiones y las sumerge en ceniza. Y esto es lo que engendra la tristeza de la juventud, el escepticismo de la madurez y hasta la humildad del hombre experimentado y sufrido que se contenta con un bajo nivel de menudas aspiraciones. Este conflicto entre el querer y la realidad, abre en nosotros la puerta mágica hacia las evasiones. El camino triste, hacia otros mundos. En la soledad de tales caminos, de conflicto interior, de tristeza evasiva, ha encontrado Humberto Navarro el material de sus cuentos. En todos sus relatos hay quizás el fondo común de una sola historia. El conjunto de sus cuentos nos da la impresión de los variados momentos de la vida de una mujer, de una imposible mujer enlutada que pasa por este libro, sin descubrir su misterio. Atraviesa sus páginas humedecida por un relente de lágrimas y se pierde por el camino que conduce hacia un "país de amapolas negras".

El motivo de cada cuento es desarrollado en un noble marco de suavidad y su presencia es discreta, algo inefable. Estos relatos constituyen manantial de evocaciones, de observaciones psicológicas. Toda una estrategia sentimental florece en el personaje masculino, en el enamorado silencioso, con aires wertherianos, que se esfuerza por escalar los altos muros de un corazón y siempre se halla en esta lucha. Finas ironías, suaves frutos de un huerto prematuramente otoñal, caen, a veces, en el agua límpida de la tristeza; son así las ironías en los cuentos de Navarro. Además, hemos de hacer referencia a la poetización del relato. No puede disimular su presencia, en medio de estas historias sentimentales, el poeta de alta calidad lírica. Así lo demuestra al

escribir una carta de amor y lograr imágenes puramente poéticas. Como cuando dice: "Te amo con un amor de siglos, desde la formación del mundo". El cuento "La Carta" tal vez sea uno de los más hermosos de esta colección. En él alude a una mujer que llama al poeta del lado del mar, la mujer impar que supo serle fiel: la muerte. "Cita en el Parque", otro cuento de hondura psicológica y en que fluye la poesía. La mujer que se retrasa a la cita produce en el amante una serie de asociaciones de diverso orden, un tropel de fantasías y de imágenes que se esfuman, que caen como hojas secas, cuando al fin llega la hermosa mujer deseada.

Y "En Sucedió una Tarde de Domingo" debemos mencionar la técnica del relato, su brillante realización y hasta la elegancia descriptiva, con pinceladas escasas y precisas, como cuando —al recordar a una mujer que se va, por un incidente fatal— habla de "la primera noche cuando en la alta marea del silencio flotaban blancas rosas de piel".

Los temas de Navarro pertenecen a una esfera psicológica. Son sus propias experiencias trasladadas a la realización estética. A su concepción purista del arte, que no es otra que la de realizar lo bello, sin pensar en lo que esto pueda significar para los demás. En arte no hay sino la lente del que crea la obra. Los demás pueden tratar de asomarse detrás de ese mismo cristal. Buscar, si fuera posible, la misma visión del artista. Pero esto ya es secundario para quien tiene una concepción estética y la realiza. Una obra de arte no es para el artista un asunto de plebiscito, de concurso, aun cuando así lo sea para el público y para la época. Navarro está lejos de las preocupaciones de un arte que quiere consultar primero el gusto de los demás, y aun los dogmas políticos dominantes. Arte que se ha dado en llamar social y que a veces se torna en prejuicio para la libre producción estética.

Este libro de Navarro es una obra de juventud; una primera cosecha del alma. Y se puede ver en sus cuentos un mejoramiento ascendente, en la técnica. Y en todos los relatos, es clara la presencia del escritor original, de garra, en constante desarrollo hacia una valiosa y definitiva obra literaria.

José Alfredo Llerena.

Quito, Enero de 1947.

EL BARCO DE PAPEL

Usualmente, la oficina quedaba desierta a esa hora de la tarde. E inundada de silencio: el nivel de sus aguas llegaba al cielo raso. Solamente Oswaldo Gutiérrez trabaja. Al extremo de su mesa y a través de la penumbra de la sala, produce la ilusión óptica de hallarse sentado al fondo de un estanque. Tiene ante sí un acervo de **pruebas** —tiras largas de papel impreso—, cuya corrección en las palabras vigila, una a una, antes de enviarlas a la imprenta para su impresión definitiva. La corrección de pruebas es una tarea simple y terriblemente antipática. La lectura pierde su cualidad penetrante y asume un sentido táctil: no recorre ya el túnel que une las entrañas de las palabras, sino que se torna exterior, superficial. Camina sobre ellas. Cuando la mirada tropieza con una **b** que sobresale medio cuerpo arriba, en el sitio de una **v**, Oswaldo desenvaina el alfanje y de un solo tajo vuela por el aire el busto sobresaliente.

En esta labor sangrienta se encuentra ocupado desde hace media hora. De repente, se abre con estrépito la puerta de vidrio que da acceso a la sala desde la calle, y se queda con el alfanje en alto, en actitud de escultura heroica. Una burbuja helada le subía y bajaba a lo largo de la columna vertebral y su rostro moreno semejaba una aceituna con una luciérnaga adentro.

—Buenas tardes, señorita— balbuceó.

—Buenas tardes, señor Gutiérrez. ¿Trabajando?

Y le extendió la mano, una mano musical, blanda por la costumbre de amasar ternuras, o nubes. Pero estaba azogada, y en sus mejillas sonrosadas agonizaba el día.

Oswaldo, haciendo un esfuerzo supremo, consiguió serenarse.

—¿Solo?

—Como usted ve, señorita. Como siempre. . . . ¿Gusta sentarse un momento, señorita Lola?

—Gracias. . . . ¿Ha visto si ha venido ya mi jefe?

—No; todavía no viene.

—Bueno, gracias; me sentaré un momento. . . . ¿A lo mejor interrumpo?

—De ninguna manera, señorita Lola. Además, ya iba terminando el trabajo.

Oswaldo alzó la vista y encontró retratada su imagen en los ojos azules de Lola. Azules como su primera impresión del mar. Fué una mañana, el vehículo corría cuesta arriba por la carretera asfaltada y, súbitamente, al coronarla, divisó en el horizonte una llanura de corindón palpitante, sobre cuyo tejado extendían las blancas alas de lino las balandras. Las miradas transparentes de Oswaldo corrían sobre las palabras escritas, como un arroyuelo sobre los guijarros del cauce.

Lola, a su vez, se esforzaba por mantener tranquilas las manos. Se miraba las uñas, se arreglaba el cabello. En verdad, hay momentos en que uno no sabe qué hacerse con las manos.

—Oiga, señor Gutiérrez, ¿puede proporcionarme una hoja de papel?

—Cómo no, señorita. ¿Va a escribir algo?

—No, no. Quiero hacer un barquito chino de papel. Todo depende de que recuerde mis remotos tiempos de escolar.

Un rubí estalló al borde de sus labios, con tenue rumor de sonrisas.

—Ya está, ¿qué tal, qué le parece?

—Encantador. Basta que haya sido fabricado en un hermoso astillero. Tanto que pretendo no devolverle.

—Gracias; pero haga el favor de devolverme.

—Obséquieme, ¿sí?

—No; es tan insignificante.

—Para mí adquiere un valor excepcional. Lo mismo debe acontecerle a la Marina Británica con la adquisición de un nuevo barco.

—No vale la pena. ¡Devuélvame!

En ese preciso instante sonó el timbre del teléfono en la oficina contigua, del jefe, y Lola, presurosa, se alejó a contestar la llamada. En el ambiente quedó flotando una estela perfumada que le dilató las narices a Oswaldo como ancha brisa marina.

Le miró alejarse y, acodado a la borda del escritorio, se imaginó tenerla a su lado frente a la esperanza líquida del océano: ¡qué acogedor sería reclinar el cansancio sobre una cordillera de nardos y recoger en la mano ahuecada el agua sedeña de un manantial de sombra! La aurora boreal de una desnudez le sorprendió en mitad de la travesía, encegueciéndole, y un tropel de cascos seminal le golpeó violentamente la sangre.

Se levantó. Con andar balanceado de viejo lobo de mar, cruzó el puente y se dirigió al cajón de un armario próximo. Allí depositó el barco de papel y puso llave a la bahía.

Desde entonces, todas las mañanas, Oswaldo —almirante iluso— pasa revista a su escuadra, antes de levar anclas mar adentro del ensueño.

L A C O N S I G N A

De madrugada, salió la Valentina del tabuco, cuando recién los gallos arqueaban sus cantos. Cautelosamente, quedamente....

Marinero del sueño, Antonio bogaba en un mar de noche sin luna. Profundamente dormido. Revolviéndose en la esquina del cuarto lleno de aire espeso y sucio, como el que se respira en el interior de una bodega de carbón.

El reloj del subconsciente ha sonado su despertador de un modo brusco. Antonio se sobresalta. Se restrega los ojos. Se sorprende al sentirse encarcelado tras una reja de luz, de esa luz que se adelgaza todas las mañanas en los intersticios de las puertas. Se incorpora. Piensa: "Mamita se ha ido a lavar la ropa. Ya me atrasé. Ahora me dejan en la "consigna". Teniendo que ir a las 12 al almuerzo. Ya me fregué. Más con el hermano Arsenio". Arregla rápidamente su vestido: el cotidiano, el de los domingos, el de dormir. Se desayuna con pan de viento y echa a correr camino de la escuela. Corre por la calle, junto al mal olor que es su sombra, con el catón bajo el brazo. La escuela se yergue allá arriba —encalada y sonriente— sobre los hombros de una colina, enfrente de la salida del sol.

* * *

Uno tras otro, de pie, rígidos como los álamos, los escolares cumplen la condena. La mirada fija, las manos militares adheridas a las costuras del pantalón.

El hermano Arsenio vigila la diminuta colonia penal. Paseando su gordura de molusco por entre la avenida de discípulos. Con las

manos a la espalda y dos alas de paloma encima del pecho. El hermano Arsenio, en su vestido de noche, es el fantasma de la escuela.

Súbita explosión:

—¡Recojan las piedras y los papeles del patio!

Estremecimiento de los álamos que se desprenden de raíz. Que se dispersan, presurosos, por el patio extenso, seco y arenoso, como desierto. Patio de platea después de la función, donde, en la esplendidez del mediodía, las arenillas y fragmentos de vidrio fingen migajas de estrella.

* * *

A pleno sol los castigados prosiguen su trabajo forzoso. Colman las gorras de guijarros y papeles y acuden al depósito general, detrás del edificio. Siempre inquietos, con inquietud de mariposa niña y el murmullo a flor de labios.

—Ve, caucho, ¿por qué no recoges?

—¡Ay, ay, ay! ahora le aviso al lego que me estás molestando. Hermanito, no deja el Medina. Me está tirando piedras.

—Calla, adulón.

Sólo un muchacho anda retrasado del grupo. Melancólico, como auténtico presidiario. Con mirada ávida busca algo en el suelo. Se detiene, se inclina y, furtivamente, introduce algo en la boca: una melcocha delicuescente.

El hermano Arsenio mira desde lo alto de unas gradas, que dan acceso al interior del Salón de Actos. Las gradas semejan un embarcadero de piedra. Observa la actitud de Antonio. Desciende a paso ligero. Coge al muchacho por el hombro y le descarga una bofetada estridente, seca.

—Hermanito. . . . (tengo hambre).

—Calla, asqueroso. Te quedarás media hora más. Arroja eso de la boca, cochino.

Y se aleja, el pañuelo a la mano, enjugando su frente de cristal enserenado. Está sudoroso el hermanito.

Una voz prorrumpe:

—Vean, vean, qué sucio, comiendo melcochas babeadas.

* * *

Los penados irrumpen en la calle. Ya libres: gritan, saltan, vociferan. Sacan a la superficie la protesta reprimida, inconsciente, en forma de algarada ensordecedora.

Antonio llora arrinconado. Es una mancha de tinta en la alegría blanca de los niños.

—Ven acá, Izurieta. Te irás a las doce y media. Voy a la capilla. Cuando sea hora me vienes a avisar, para indicarle al portero.

Antonio continúa llorando. Lloro sin comentario. Sin rencor, como lloran los niños. (Antonio no es precoz). Quisiera hablarle al hermano, decirle que se hace tarde; pero siente miedo, vergüenza...

Ya en la calle, corre sin descanso. Sube la escalera del atrio. Se acerca a la portería. Mas todo es en vano. Son las doce pasadas.

A la hora meridiana, Antonio acostumbraba a reunirse con los demás mendigos en el atrio de San Francisco: no a deleitarse admirando la fachada de la Iglesia ni el artesonado de la portería, sino para implorar en ella un manojo de desperdicios que prolonguen la inútil vida. (No tan inútil, desde luego, porque sin pordioserismo sucumbiría la mofletuda caridad cristiana).

Antonio se retira despaciosos. Torna a desandar. Se siente mal. Un sudor frío le humedece el rostro. A la luz del sol parece "frágil lirio" que amaneciera en el rocío. Dificultosamente se sienta en el encintado de la acera y formula la protesta:

—Por este lego desgraciado perdí mi almuerzo.

(Antonio llama almuerzo a un coágulo de bazofia que le regalan los frailes).

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

LA CARTA

Dos y media en punto de la tarde. La hora usual y convenida. De improviso, Oswaldo Moreno se levantó de su escritorio y salió, precipitado, a la calle en pos de un teléfono, al frente, a la Central de Teléfonos. Abrió violentamente la puerta de vidrio de un cancel para servicio público, cogió, febril, el fono y se lo aplicó al oído.

—44 - 07.

Y esperó atento, impaciente. Experimentaba una extraña tensión. El tic-tac de un reloj le palpitaba al fondo del pecho.

—Aló aló —contestó al otro lado una voz de timbre simpático. Una voz nerviosa, la de ella, de Lola.

—Buenas tardes.

Jadeante, atropellada, prorrumpió Lola:

—No podemos hablar esta tarde. Me siento mal. El cólico hepático, tú sabes. Ya mismo viene el médico. No vuelvas a llamar antes que yo lo haga, tú sabes: la familia. Adiós.

Y bruscamente suspendió el audífono en el gancho.

Pasaron algunos minutos hasta que Oswaldo se recuperara de la impresión recibida. Es inexplicable —pensaba—. Si hace pocas horas estaba perfectamente de salud. No demostraba, por lo menos, indicios de enfermedad. Tal vez...; pero no. Ayer, no más, en la tarde, cuando tomábamos el té, me juró amor eterno, que me esperaría, que era su tipo y se casaría conmigo. Esto es una locura. No, no estoy bien del cerebro. Me dijo que nunca hizo nada semejante: ¿encontrarse a solas con un hombre para tomar el té en un salón oculto? No, no. Ella me ama, decididamente ella me ama.

Un otoño de emociones, de recuerdos, de proyectos elaborados en su compañía daba vueltas, dentro de un huracán, en su cabeza. Sintió una aguja lenta punzando el crepúsculo. Y vagó sin rumbo durante algunas horas por las calles, antes de reintegrarse a la oficina.

A partir de aquella tarde, todos los días, mañana y tarde, se acercaba al teléfono; siempre sin contestación. Cotidianamente podía leerse en la "página social" del periódico donde trabajaba: "Se halla con su salud quebrantada la señorita Lola Noroña". Y el periódico entre las manos, trémulo, leía el dato social proporcionado por él mismo una y mil veces. Aquella sola frase le traía a la memoria toda la historia de su amor. Hasta que una mañana su nombre no apareció en la lista de enfermos, sino entre los viajeros: "Salió para Guayaquil la señorita Lola Noroña".

Desde entonces, sus amigos y los compañeros de labores comenzaron a notarle singular y extraño. Metido en sí mismo, no profería palabra. Su rostro magro empalidecía. Aguas violáceas remansaban en torno a sus ojos melancólicos.

* * *

Con un fino estilete de plata Lola desfloró un sobre azul turquí. Extrajo una esquila escrita a mano con tinta verde pálido, al tiempo que un perfume voluptuoso —el perfume que a ella le agradaba— emanaba del interior del sobre, forrado por dentro con un papel estroza estampado de ágata.

Leyó en voz alta e imperturbable. Se hallaba recostada en un diván, sobre un cojín henchido de plumas, serena, apolínea.

La carta decía así:

"Desde el día aquel de tu partida, he quedado definitivamente enfermo de tristeza.

Hay cosas inexplicables, que escapan a toda comprensión, como tu conducta. Si la víspera de la ocasión postrera que me hablaste por teléfono, cuando tomabas té conmigo en El Cristal —¿lo recuerdas?— me juraste que me amabas, que me esperarías hasta que cambiara mi situación para casarte conmigo. ¿Qué ha sido de tus promesas? ¡Me has engañado! Dime que no es así, que no es verdad lo que tú has hecho.

Pero ya que las cosas han sucedido de modo inopinado, y puesto que no puedo vivir sin tí, porque eres insustituible —¿a quién, dí, haría confidencia de mis pesadumbres y alegrías?— quiero recordarte un ofrecimiento consignado en mi carta de declaración: "Pongo a tus pies mi destino; tú resolverás, en última instancia, de mi vida o muerte". Cumpliré, pues, fiel y caballeramente mi promesa.

Al borde de la vida y antes de dar el salto mortal al infinito, como el clown de Banville, quiero que sepas que eres la única mujer que he amado desde la raíz de mi existencia. Te amo con un amor de siglos, desde la formación del mundo.

Del lado del mar, iluminado por un sol enlutado, una mujer hermosa me invita con insistencia a subir a bordo. La mujer impar que supo serme fiel: la muerte. Voy a emprender la travesía, sin retorno, al país de las amapolas negras.

¿Has mirado los vegetales húmedos después de la lluvia? Así ha quedado mi corazón empapado en llanto.

Tuyo . . . etc.,

q. b. t. m.

OSWALDO".

Una carcajada resonó en los ámbitos del aposento del hotel al término de la lectura. Al ceñirse la bata color fresa de dentro de casa cayeron al suelo las partículas del sobre, como una catarata de agua azul. Lola se incorporó y tendió los brazos al cuello de su amante y, juntándole los labios, le interrogaba apremiante:

—¿Me quieres, verdad, amorcito?

Y abrazados por el talle salieron a tomar el fresco en la terraza contigua, junto a la balaustrada que daba sobre el río. Una primavera de corolas rojas florecía en las mejillas del amante.

N A R C I S O

Desde hacía un tiempo a esta parte, Alejandro caminaba sobre las nubes. O más bien, recogiendo florecillas de cinco pétalos en las lívidas praderas de la luna.

Esta mañana, como todas las mañanas, se paró frente al espejo, detrás de la puerta de su zaquizamí. El espejo exhibía una luna empañada y estaba rodeado de un marco estrecho, dorado, adornado de racimos de uvas y hojas de parra, en relieve. Pensó: semeja un estanque en medio de un jardín de pámpanos. Con la peinilla en la mano extendió hacia abajo el cabello una, dos, tres veces, hasta conseguir que en su cabeza se formara una línea directa, impecable, como un sendero derecho, enarenado, entre la espesura sombría. Mientras se alisaba el peinado, mirábase imperturbablemente en el espejo. Miraba su figura de baja estatura, su busto henchido, de pechos salientes, y aspiró fuertemente el aire, enanchando aún más el tórax abultado. Respiró con una enorme satisfacción de sí mismo. Atisbó su rostro con esmero: una a una sus facciones, su frente amplia, plana y surcada de leves arrugas; las cejas frondosas y densamente oscuras; la nariz agresiva, ganchuda, de perfil romano, que en el extremo inferior cedía bajo el peso de una mole invisible, denotando una remota ascendencia incásica. Y no pasó desapercibida aquella tensión de los músculos de la boca, del músculo sigomático derecho, que encogía amargamente su sonrisa. Y sonrió: con una sonrisa enigmática e irónica de hombre de mundo. Y su mentón saliente que acentuaba una personalidad orgullosa, un amor propio exacerbado de rompeolas de la marea humana. No cabe duda, ése era el mentón de los grandes hombres. En conjunto, su rostro afectaba la forma de una escultura de barro, no exenta de robustez expresiva. Una lucecita juguetona, sonriente, apareció al fondo de su pupila, con esa vaguedad con que se divisa desde la lejanía de un barco, en una noche brumosa, la luz indeterminada de la boya, a la entrada de un puerto.

Sin embargo, desde las capas profundas de la subconsciencia, ascendía a la superficie una esfumada sensación repulsiva, como una burbuja imperceptible. No era posible, con este rostro, haber conquistado una mujer hermosa, cuya piel mate resplandecía con un brillo de magnolia. Y aquel lunar bajo el ojo, en la órbita violeta, co-

mo una estrella solitaria en el cielo invertido de un estanque. . . . Pero ella le había dicho la noche anterior que él también tenía un lunar hermoso, y agregó: "No sé si te hubiera querido, si no tuvieras ese lunar", y le señaló en la cara, poniéndole encima su dedo ingrátido, que oprimía la mejilla impalpablemente.

Insensiblemente la piel cobriza de la faz de Alejandro fué asumiendo cierto brillo, como si una repentina corriente eléctrica iluminara un collar de aceitunas. Y fijando más violentamente la atención, descubrió que sus ojos poseían una visión potente, de un águila escrutadora, y que el color amarillento bilioso les daba un aspecto soñador irresistible. Dió vuelta repetidas ocasiones la cara para espiar el perfil, proporcionado, apolíneo. Indudablemente lo más distinguido de su persona era la sonrisa deliciosamente burlona, impenetrable y escéptica. Esa sonrisa defensiva: tras ella y su silencio se atrincheraba con sus baterías contra el mundo. De ninguna manera, pues, su rostro era desagradable. Y se sintió un hombre hermoso e íntimamente enamorado de Lola.

Cogiendo entre las manos las solapas se arregló firmemente, definitivamente la chaqueta al cuerpo, se abotonó, anudó cuidadosamente la corbata y salió a la calle. Marchaba con pasos rítmicos, saltones, como si dentro de sus pies revoloteara un colibrí festivo.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

LOLA SE MARCHA AL CAMPO

¡Pobre corazón! Nunca la volverás a encontrar si no es en sueños.

HOLDERLIN.

"Unos amores de mucho tiempo se tornan, a la larga, tan opresivos como el yugo del matrimonio. Y aún más, puesto que se vive en una tensión interesante, sin tregua. No es propiamente una forma de hastío, sino una depresión semejante al agotamiento".

Este era el complejo de meditaciones, casi obsesivas, de Patricio a mediados de Julio, justamente el mes que comienza la temporada de verano —el verano en Quito es algo hasta cierto punto convencional. Con ello significamos que, presumiblemente, no lloverá durante un lapso con la misma intensidad que en el invierno—.

Sí; hubiera deseado cortar las relaciones con aquella mujer eternamente adornada con un vestido de crespón. Sin embargo, éste era solamente un deseo inarticulado, comparable a una tableta que se liquida al fondo de un vaso de agua clara. Pero el preciso instante en que este deseo iba diluyéndose en la conciencia de Patricio, éste se volvía atrás, súbitamente aterrado, como si hubiera despertado de un sueño profundo al borde de un acantilado, en el mar. A decir verdad, esta medrosidad no era una cosa consciente, y sí un temor de raíz instintiva.

"Decididamente —pensaba— una relación amorosa prolongada, como la mía, se convierte en hábito. Terminar con aquello debe doler de manera similar al intento de dejar de fumar o de hurgarse los oídos con palillos de fósforos".

Una mañana, mientras Patricio hablaba por teléfono, advirtió una vaga nota de preocupación en la conversación de Lola. Indagó y ella confesó que la familia había resuelto salir de vacaciones al campo. Eso no era todo: se habían propuesto llevarla consigo. "Fíjate lo tremendo que sería aquello: sin vernos por un tiempo indefinido".

Y la confidencia iba acompañada de una inflexión de voz cercana a la elegía. Patricio escuchaba con su atención, una atención deprimente. Instantáneamente a la postrera palabra de Lola, respondió:

—"Talvez sería conveniente, mi amor, que salieras al campo. Te haría mucho bien, aunque...."

No pudo concluir la frase. Una repentina intervención de Lola le congeló el discurso a flor de labios. Sus labios endurecidos y expresivos semejaban los de una estatua de mármol. Lola, simulando con bastante dignidad, exclamó con acento imperceptiblemente descompuesto:

—"Bien; si esos son tus deseos, serán cumplidos".

Y sin dar lugar a que transcurriera el tiempo que media entre dos pulsaciones, cerró la comunicación, con distinción, sin estropear el aparato. "Caramba —prorrumpió Patricio para sus adentros— esto de comunicarse por teléfono siempre tiene algo del misterio de ultratumba". Y se alejó con paso vacilante.

De esta manera sumamente obvia, aunque un tanto imprevista, quedaron rotas las cadenas afectivas entre Patricio y Lola.

* * *

Pasaban los días y Patricio recuperaba, en razón directa, su juventud. Se sentía íntimamente renovado. Los amigos, también, le notaban con ideas optimistas y le encontraban emprendedor. Además, Patricio iba adquiriendo cierto matiz eufórico, un tanto sospechoso.

A medio día, al abandonar la oficina, no porque precisamente quisiera pasar por la calle donde vivía Lola, sino que experimentaba una vaga atracción como la aguja de una brújula tiende hacia el norte, se dirigió a la calle Guayaquil. En el presentimiento de Patricio flotaba una firme persuasión: algo tenía infaliblemente que decirle alguien; pero ignoraba qué y quién.

Al descuido alcanzó a cruzar frente a la casa de Lola. La miró indiferente, pese a que el sol de las doce reverberaba, deslumbrante, en la pintura amarilla de la fachada. A orillas del cielo producía la impresión de un patito gigante. Y nada de particular hubiera sucedido a Patricio, si la vendedora de loterías no le hubiera atajado el paso para decirle:

—“Que la niña Lolita se iba mañana, a hora temprana, al campo con toda la familia, y que permanecería allí durante las vacaciones. A su regreso a Quito, proseguiría viaje a Salinas, donde iba a radicarse”.

Sonriente, agradeció Patricio el mensaje de la vendedora de loterías. Con gesto elegante le extendió una propina y sin inmutarse se despidió de los amigos y, a paso seguro, alta la mirada, siguió rumbo a la botica de la esquina y solicitó el teléfono.

—Aló; por favor, Lola, no me cierres la comunicación. Te he llamado, porque . . . francamente . . . no me ha parecido bien que te marches sin antes despedirnos.

—Tú lo has querido así —le increpó Lola, con un resentimiento frío, desdeñoso, cuidadosamente fingido—.

—Mi amor . . . quisiera explicarte . . .

—Oye, Patricio, talvez no recuerdas que me has hecho acercar para despedirte y no para ensayar explicaciones.

—Bien, Lola; si lo prefieres. Te deseo buen viaje. Quiero pedirte un único favor: prométeme no guardarme rencor. Tú sabes que eres la mujer que más amo . . .

—Eso pensaba yo, pero me he equivocado. De todas maneras me queda el recuerdo de los momentos agradables que hemos pasado juntos.

Patricio estaba extrañado. En lugar del cascabeleo de una risita burlona al otro lado del teléfono, tuvo la sensación de que ella había cubierto la boquilla del fono con la palma de la mano. Aún más: Lola, por momentos, iba entrando en situación, y la cosa iba poniéndose un tanto desesperada, si tomamos en consideración que Patricio estaba alquilando un teléfono en un lugar concurrido. Sin mucho esfuerzo recuperó la noción del ridículo e insensiblemente desplegó sobre su rostro las facciones que había encogido dramáticamente en el decurso del diálogo. Y, mirando en torno, extendió a lo largo de los labios esa sonrisa irónica de hombre experto y aire zumbón.

Profirió estas palabras:

—“Al fin has resuelto irte. Te marchas, sí o no.

—Sí; me voy. Todo está dispuesto.

—Bien; pues, te deseo un feliz viaje y una grata permanencia.

—Gracias, Patricio.

Por el timbre de voz se podía presumir que Lola tenía arrasados los ojos de lágrimas. Su voz trémula entibiaba el teléfono como un ala de gaviota. “Como una gota de rocío en una estrella”— pensó velozmente Patricio.

—Pero debes saber, Patricio, que me llevo incrustada una espina. . . .

—“¡Ah! —interrumpió bruscamente, temiendo perder la ocasión de hacer un chiste Patricio— ésa es la espina dorsal. . . .”

Y a su vez tapó el teléfono.

Al otro lado se hizo un silencio de tumba.

“Caramba; esto de comunicarse por teléfono tiene algo del misterio de ultratumba”.

A N T O N I O, E L S N O B

Todo lo que vive se lanza hacia la alegría.
A ti, en cambio, no sé qué oscuro destino
te aleja de ella.

LENORMAND.

Antes de dirigirse a casa de Lola, Antonio fué al correo y depositó una carta en el buzón de correspondencia interior: al pueblo Z..., situado al nor-occidente de Quito, a muchos kilómetros. En la carta denunciaba a la familia de Lola, que pasaba vacaciones en el campo, sus relaciones amorosas con ella, que **databan de cinco años a esta parte**. Maliciosamente, subrayó aquello del tiempo, con la secreta intención de que se presumiera que habían mantenido relaciones poco honestas. Antonio adoptó, pues, una decisión paradójica: romper con Lola la precisa noche en que **diera** cumplida realización a su solicitud.

Esponáneamente, como felino que se sintiera culpable de no haber devorado un cordero, que pacía a su vista sí, mas fuera del alcance de sus garras, ascendió las escaleras del departamento de Lola, pisando en puntas. Nunca le faltó serenidad en trances similares; pero ahora todo se confabulaba contra él: al entrar, en el zaguán, se cruzó con un individuo desconocido, la escalera de madera crujía y el rellano estaba envuelto en una penumbra de paredes heladas. Cualquier momento podía descender algo del piso alto, o alguien.

* * *

Caminando sigilosamente por el pasillo, Antonio alzó la vista y miró, sin ver, un trozo inexpresivo de cielo, sustituyendo a un vidrio roto en un vano de la mampara, y salió a la calle. Era esa hora muerta en que el amanecer semeja un témpano de hielo, que nos hace presentir toda el agua contenida dentro. Cuando llegó a la oficina, no comenzaba aún el deshielo de la mañana.

* * *

Aunque se tenga la evidencia de la muerte de una persona, incluso porque se haya acompañado al cortejo hasta el cementerio, sin embargo algo repele esta evidencia en lo lírico de nuestro ser. Mas

en el caso de Antonio no había quedado ningún vestigio en su interior: hasta la memoria de Lola se había evaporado. Sufría esa engañosa forma de olvido, en que con un cubo de arena se trata de sofocar un mar de llamas.

Entre tanto, repentinamente para Lola, regresó la familia y la llevaron al campo. Antonio aprovechó esta oportunidad para mostrarse ante sus amigos en la pose de amante abandonado. Todas sus conversaciones incidían obsesivamente en el tema novelesco del amor delirante de dos seres, separados dispiadada, cruelmente, por el convencionalismo de una familia aristocrática. Calculadoramente describía su pasión con formas literarias. Como romántico auténtico, en esos momentos, fingía vivir la literatura de su relato. Antonio había descubierto que la literatura romántica no se escribe; se la vive. "El romanticismo —opinaba— no es precisamente un movimiento literario, sino, más bien, una actitud vital". No obstante, esta simulación insistente iba abriendo una brecha sutil en su espíritu, como el fino taladro de una estrella en una noche densa: algo así como el equivalente real de un sufrimiento ficticio.

¡Ah!, pero Antonio no era hombre vulgar para intentar revivir las formas arcaicas del romanticismo. Mientras narraba "su tragedia" no aparentaba un aire sombrío ni en las aguas de sus ojos nadaban peces rutilantes; al contrario, sonreían irónicamente, burlándose de su confidencia dolorosa. Entonces sus amigos descifraban, a través del impenetrable escepticismo, lo duro, lo cruel de su drama interior. Siempre terminaba su historia, reformada literariamente cada vez, entre sonrisas sardónicas, con estas invariables palabras: "Todo lo que vive se lanza hacia la alegría. A mí, en cambio, no sé qué oscuro destino me aleja de ella".

Antonio contaba su frustrada historia amorosa con el solo propósito de citar la frase de Lenormand, autor desconocido entre sus amigos.

C I T A E N E L P A R Q U E

En las primeras horas de la mañana. Antonio, hacía largo rato, paseaba, iba y venía, por el sendero, entre la grama de un verde tierno, junto a una alta hilera de pinos. Reptando por entre la grama

como una serpiente. Metáfora vulgar. Tal vez: reptando entre. Ocre. Extendiendo el brazo delante del busto, con aire elegante, formó un ángulo de noventa grados con el antebrazo. Miró de soslayo. Treinta minutos. Es demasiado. Mujer caprichosa. Vagamente extendió la vista sobre el césped. Ayer he visto lágrimas en sus ojos. No había razón para ello. Con el dedo índice se tocó la mejilla, debajo del ojo derecho: mi lunar crece día a día. No estoy muy seguro de haber echado llave a la pieza. Siempre igual. Solamente entonces advirtió Antonio que sobre la grama del prado titilaban gotas de rocío: "a través del rocío de una lágrima". Ternura fácil.

Le ayudaré a descender del bus. Los pasajeros mirando, sospechosos. Bajaré la vista, para que ellos presuman que somos amantes. Reptando entre la grama como una serpiente ocre. De mal gusto. Ocre: demasiado real. No se trata de encontrar belleza en la naturaleza. Picasso. André Lothe. Einstein: "La mecánica de la formación de una imagen en la **vida real**". Eso es: la naturaleza debe imitar los mecanismos de creación del arte. Paradoja. El arte debe imitar los mecanismos de la naturaleza. Lenguaje directo. Caramba; este tremedal. Humedad. Segunda vez. Atisbó la esfera del reloj. Treinta y cuatro minutos. Al fondo de la mirada distinguió una mancha de barro en el zapato. Alzó el pie derecho y frotó la puntera en la pantorrilla de la pierna izquierda. En la balaustrada de la azotea esa hermosa azucena. Un poco pálida. Blanca piel suave. Son costosas las combinaciones de raso piel de ángel.

Se detuvo. Con las manos en los bolsillos, recorrió la mirada sobre el paisaje. La Naturaleza hace prodigios. No sabe pintar. La composición, la cromática. Leyes plásticas. Ese amarillo del cielo: chocante. Arte: lo poético debe sustituir. Me voy a atrasar a clase. Todos sentados en los pupitres. Buenos días, doctor. Murmullos. Un grito: se ha quedado haciendo versos. Poeta. Pelo crecido. No se corta el cabello porque ha de perder la fuerza. Como Sansón. Estúpidos. Arte puro: la noción de lo poético debe sustituir a la noción de lo bello. Conceptos caducos. Antonio estaba a punto de alejarse del parque. Esperaba ya treinta y cinco minutos. Humedeciéndose el calzado cruzar, diagonalmente, por el campo de grama. El bus se detiene junto al encintado de la acera. Dignamente Lola descende los peldaños de la escalera del bus. Antonio le extiende la mano. El cutis blanco: pétalos de las azucenas. Pistilos. Polen dorado. El florero roto en el borde. Buenos días. Presentí que venías en este bus y salí a la parada. Perfume exquisito. El brazo en torno al talle. Blancos como las azucenas: los senos.

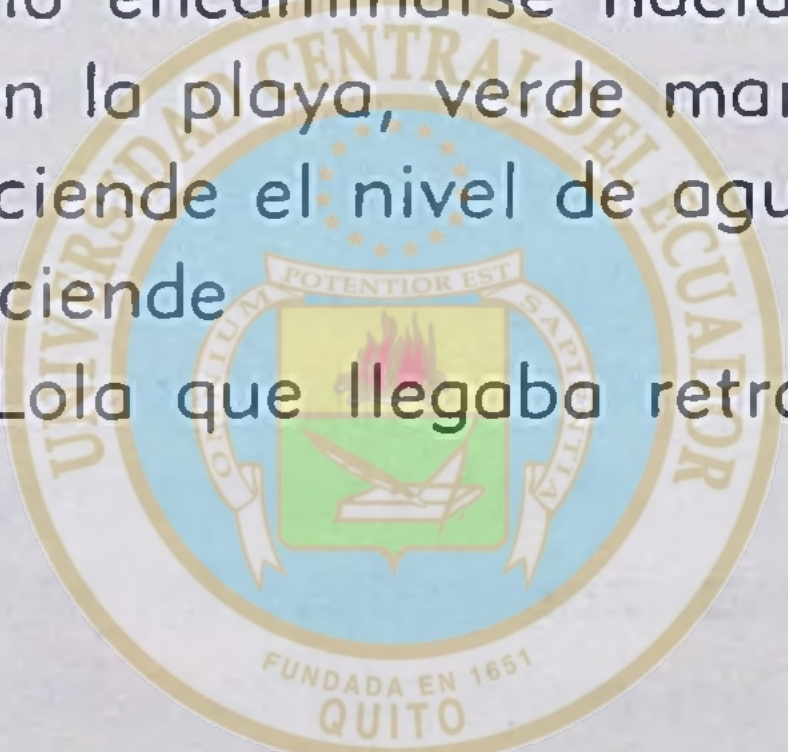
A aquel banco, en el claro de bosque de pinos. Decoración rigurosamente académica. Claro de bosque. Sol filtrándose entre las hojas de los árboles. Valery: "El Bosque Amistoso": "Ambos hemos pen. . . . "Ella y El aparecen en escena. Comienza el diálogo. En contrapunto: ella romántica, él hombre de mundo. Cursi, irónico. Definitivamente no iré a clase. No pudo asistir mi hijo porque se hallaba indispuesto. (f) Amable Jiménez. Aparacerá el escenario desierto como un día ordinario de ensayo. Maquinistas delirantes, arreglan la **mise en scene**. Pirandello. Influencia, sí; pero no plagio. Montada la decoración, un maquinista se acercará a primer término y exclamará, dirigiéndose al electricista: ¡Señor electricista, la luz no está de acuerdo con la hora del libreto! Las escenas. Qué frío. Levantó la vista al cielo que, entre tanto, se iba encapotando. Va a llover. Claudel, no; mas bien, Cocteau. El segundo acto.

Al dar una vuelta más sobre el sendero, pardo por efecto de la tenue garúa, Antonio vió encaminarse hacia sí una hermosa mujer, vestida de azul. Azul en la playa, verde mar adentro.

Cómo asciende el nivel de agua salobre

Cómo asciende

Buenos días. Era Lola que llegaba retrasada a la cita.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

SUCEDIO UNA TARDE DE DOMINGO

Cierto día, sin que se pueda precisar cuál, las gentes comenzaron a echar de menos a la inseparable pareja de enamorados: Antonio y Lola. Que se supiera, ninguno de los dos había emprendido viaje. Sin embargo, nunca más Antonio volvió a pasar frente a la ventana de Lola. Esto no dejó de causar extrañeza, puesto que era habitual para los vecinos del barrio central la presencia de Antonio con su rostro cetrino y de volúmenes un tanto duros, tallado en un bloque de jade. Eternamente estacionado en la esquina, escudriñaba a través de los cristales la fina silueta de Lola, velada por el tul de los visillos. Cuando Antonio se marchaba, proferían entre sí algunas bromas como éstas: "Limpia con las pupilas los cristales de la ven-

tana". Sobre todo las personas provecas lamentaban el final dramático de este idilio, a propósito del cual revivían su primer gran amor. Por otra parte, también Lola desapareció de la circulación. Una vez que otra, salía a dar un paseo en automóvil por la ciudad. Aunque en sociedad aparentaba una alegría un tanto desmesurada, por no sé qué razones sus contertulios percibían una nota falsa en el rumor de su risa. La risa, en este caso, jugaba el papel de una gardenia adosada al busto de un traje de noche.

Hasta que, una tarde de domingo, aconteció lo imprevisto, si se puede hablar de algo imprevisto en el curso de una relación amorosa. Antonio iba de paseo por los alrededores de la urbe. Caminaba por la carretera polvorienta junto a un señor magro, de alta estatura, cubierto la cabeza con un sombrero de verano. De rato en rato, se detenían, y Carlos —así se llamaba el compañero de paseo de Antonio— aprovechaba el pequeño descanso para mirar con sus binóculos hacia las colinas distantes y, sin comentario, pasaba el artefacto a Antonio, el cual enfocaba con su rayo visual a los transeúntes cercanos, quien sabe si guiado por un secreto afán de burlar su miopía.

El sol irradiaba una luz estridente, como una trompeta. Antonio y Carlos buscaron refugio a la sombra de una encina, en la vera del camino. En este oasis de sombra, la frescura hacía experimentar en el cuerpo una sensación líquida. Al otro lado de la carretera calcinada se extendía un verde campo de tréboles. Arriba, el cielo se parecía un plafón decorado con un azul puro. En este cielo de principios de verano ninguna nube le daba un efecto cóncavo. Antonio prefería el silencio, un silencio habitado por sombríos seres luminosos: los recuerdos. Pero su educación le impedía conservar silencio junto a su acompañante, en quien se percibía un ansia reprimida de hablar. Carlos se debatía en un estado semejante al que produce la asfixia. Esto era francamente fastidioso, y Antonio inició la conversación:

—Carlos, repare usted en esa verde pradera. La vista descansa sobre aquella tonalidad. Científicamente es el color aconsejado para el descanso de los ojos.

Repuso su interlocutor poniendo sobre cada palabra un acento de gravedad, haciendo consistir la profundidad de los conceptos en la severidad de la voz:

—Ah, y es un campo de tréboles. O sea, un lugar propicio para cultivar colmenares. Usted recordará, mi querido Antonio, lo que dice la Biblia: "Tierras donde abundan la leche y la miel", pues no se trataba sino de tierras cubiertas de tréboles, vegetal que favorece la vida de las abejas.

De seguida, dió principio a una larga explicación sobre el proceso a seguir en el cuidado de las abejas, su clasificación, la producción de la miel en un determinado plazo y, en fin, todo lo relacionado con la Apicultura. Pero Antonio ya no le prestaba la más mínima atención. A veces gozamos mejor el silencio cuando hay quien hable incesantemente junto a nosotros. Por la misma razón que no interrumpe nuestra meditación el surtidor de una fuente.

Para entonces, el aire de Antonio afectaba una total abstracción. En cambio, Carlos, con su cara geométrica, cenceña, proseguía hablando meticulosamente, como Profesor que estuviese dictando su cátedra de Apicultura. De repente, cruzó frente a ellos por la calzada un automóvil que los envolvió en una espesa nube de polvo. Carlos interrumpió la conversación y se dirigió a Antonio en estos términos:

—Fíjese, Antonio, en ese automóvil pasó el señor X. . . .

—¿Está usted seguro?— replicó, y en su voz cualquiera persona aprensiva hubiera podido distinguir una leve resonancia enigmática.

Carlos reanudó su disertación, haciendo una estadística del porcentaje de abejas y zánganos que deben habitar en común en una colmena. Luego habló de mantenimiento e higiene de los panales. Antonio le escuchaba menos todavía que antes. De improviso, se hizo la luz, y se explicó algunas cosas hasta entonces intrincadas. Por ejemplo: la evolución de Lola hacia la displicencia, que culminó en la cancelación de su amistad. Una ocasión le dijo: "El señor del departamento contiguo es muy atento conmigo. Me ha declarado que nunca llegó a enamorarse de nadie". Y la mente de Antonio ardía: frases inconexas, diálogos por teléfono, fotografías, la primera cita en el parque, la carta de declaración, el primer beso, esas manos distinguidas. Y aquel hermoso lunar en la órbita violeta del ojo izquierda. Y aquella primera noche cuando en la alta marea del silencio flotaban blancas rosas de piel. Antonio asistió al naufragio de su inteligencia. No alcanzó a divisar a Lola en el automóvil; pero una certeza le hirió en el corazón. Era lo axiomático del presentimiento, que en amor nunca falla. Es la inteligencia del corazón.

Con este relato hemos pretendido satisfacer la curiosidad de los vecinos de Lola. Ya no les parecerá muy extraña la interrupción de sus relaciones amorosas con Antonio, y ahora su misteriosa desaparición queda justificada hasta cierto punto por la lógica.

MEMORIAS DE UN PILOTO

I

LA VISPERA

Cerca del mediodía regresamos del baño, en la playa. Al atravesar el corredor de la planta baja, antes de subir la escalera que conducía al dormitorio, pudimos observar en la cartelera de la Escuela un aviso de la Dirección. La hoja blanca de papel se destacaba en el tablero negro empotrado en la pared. Se llamaba la atención del alumnado sobre el horario de actividades que entraría en vigencia desde la mañana siguiente. Al pie constaba la lista de los alumnos, divididos en tres grupos. A la cabeza de cada grupo figuraba el nombre del Instructor y el número de la máquina en que debía realizarse el entrenamiento aeronáutico.

Por entonces, la Escuela Civil de Aeronáutica de Manta se hallaba en un período inicial de organización. Los primeros ocho días transcurrieron para nosotros plácidamente, entre ejercicios físicos y deportes, baños de mar y una que otra clase teórica de aeronavegación. Nada se nos decía acerca del día de nuestro primer vuelo. Sin que sepamos la razón, las autoridades de la Escuela guardaban riguroso secreto en torno a este asunto. Solamente los oficiales instructores —un teniente y dos subtenientes— acudían a diario al aeródromo y, minutos después, evolucionaban sobre el puerto, haciendo acrobacias. Por este motivo, el aviso firmado por el Director Técnico, teniente Suárez, produjo en nosotros el efecto de un rayo de sol en medio de tanta incertidumbre: ya sabíamos a qué atenernos durante las primeras horas de vuelo, de las cuales depende decisivamente la permanencia o eliminación de un alumno en una Escuela de Aviación. La designación de Instructor revestía, pues, una importancia mayor que la que puede apreciarse a simple vista.

Desde este momento, el tema principal de conversación versó sobre el análisis de la personalidad de los oficiales instructores. El teniente Suárez resultaba el más temible. Serio, sin afectación, estaba poseído de un orgullo satánico. Miraba a las gentes en la calle con la misma perspectiva que si estuviera observando desde la cabina de un avión, a miles de pies sobre el nivel del suelo. Sin embargo, la adustez de su rostro moreno no estaba del todo de acuerdo con su edad; era una seriedad superior a sus años, como una chaqueta un tanto holgada. Hasta a las malas palabras les confería cierto aire de dignidad.

Al Subteniente Salinas, por el contrario, siempre se le encontraba sonriente y afable. Gozaba de un temperamento en extremo juvenil. Aceptaba la tradición militar sin mucho discernimiento, de acuerdo con este silogismo: "A mí me castigaron en la Escuela de Aviación mis superiores. Ahora soy superior; luego estoy en la obligación de aplicar los mismos castigos a mis subordinados". Experimentaba íntima complacencia en hacer levantar al alumnado, exigiéndole que se vistiese y asease mientras contaba hasta diez en voz alta, dejando entre número y número el espacio de algunos segundos. O estando ya formado el alumnado para entrar al comedor, ordenaba:

—Vuelta a la pista, ¡carrera mar!

El color albino de su piel prestaba al rostro del subteniente Puente una seriedad verosímil, aunque ligeramente prematura. Para él las virtudes militares estaban por encima de cualquiera otra consideración. En la formación obligaba a que mantuviéramos una implacable posición "firmes". Por lo demás, era un hombre hermético. Antes de señalar un castigo, lanzaba palabras con matices escatológicos. Durante las comidas no desplegaba los labios sino en raras ocasiones. Después desaparecía de la Escuela. Su comportamiento con el alumnado no estaba exento de extrañeza.

Esta fué la inagotable comidilla del día. Hablábamos en voz alta y con afluencia, tanto para fatigar los nervios como para ahuyentar los fantasmas interiores. El más terrible de ellos: la ELIMINACIÓN, o sea, el retorno a casa. Como en el espectro la palabra eliminación se descomponía así: gastos de cientos de sucres para adquirir el equipo, la devolución del dinero de la beca y, sobre todas las cosas, la vergüenza ante familiares y relaciones sociales. Y la novia, las amigas de ella. Los rostros de familiares y conocidos más remotos rondan en la imaginación del aspirante a piloto bajo una luz cruel. Y entonces uno piensa que todo esto depende de la simpatía o antipatía personal del Instructor que se ha convertido en dueño y señor de nuestro destino.

II

EL PRIMER VUELO

Quizá no podría asegurar que me desperté con los albores del nuevo día. Más preciso sería afirmar que no concilié el sueño en toda la noche. A juzgar por sus ronquidos, mis compañeros dormían profundamente. Miré en derredor, girando la cabeza sobre la almohada a uno y otro lado, cuidando al mismo tiempo que mi cama no produjera el más leve crujido con mis movimientos. Podía denunciarme ante mis compañeros que había pasado la noche en vela. El viento acercaba y alejaba de mis oídos el cristalino canto de un gallo, mientras una claridad incierta se filtraba por los vidrios de la mampara, que rodeaba totalmente el dormitorio.

La madrugada iba poniendo sobre mi frente ardorosa una impresión de frescura. Con verdadera obsesión repasaba mentalmente la lección preliminar de navegación y tráfico aéreos que recibíamos, la noche anterior, del teniente Suárez, en el comedor, después del habitual recreo nocturno que sucedía a la merienda. Recordé que el teniente Suárez dibujó en la pizarra, colocada sobre dos sillas y arrimada a la pared, el tablero de control de una avioneta, que constaba del escorzo de la llave de gasolina, al centro, y dos esferas a cada lado. Las esferas estaban divididas en sectores como las horas y minutos de un reloj. En la primera de la izquierda se consultaba la temperatura, determinada en grados, sin la cual no podía elevarse una máquina. La esfera contigua marcaba la altura durante el vuelo. A cada raya del cuadrante correspondían doscientos pies de altura. La primera de la derecha, al otro lado de la llave de gasolino, indicaba la velocidad de recorrido de la avioneta, en millas. Junto a esta esfera, otra controlaba las revoluciones de la hélice. Los nombres técnicos de las esferas no dejaban de ocasionarme una sensación un tanto deprimente: tacómetro, altímetro, velocímetro. Además, el oficial instructor se sentó en una silla frente al alumnado y nos ilustró **gráficamente** acerca de los movimientos fundamentales del bastón de comando y de los pedales. "Cada movimiento de los comandos suscita una reacción directa de la máquina"—dijo. Y explicó a continuación que sosteniendo el bastón hacia atrás el avión **trepaba**; conduciéndolo hacia adelante, el avión **picaba**; llevándolo

a la izquierda, el avión se inclinaba del lado izquierdo; imprimiendo al bastón un movimiento a la derecha, el avión se inclinaba del mismo lado. Cada palabra del oficial en la clase me transportaba a una esfera sin sentido del pudor: donde se hablaba de cosas en extremo duras. Ninguna palabra estaba rodeada del encanto que presta al lenguaje la precisa vaguedad poética. Y después de observar con precaución en mi torno, queda, impalpablemente, comencé a mover los pies y la mano derecha debajo de las sábanas, piloteando un avión imaginario. La mano izquierda no se desprendía del botón del acelerador.

La brisa hizo trepidar el bastidor de la mampara. Aproveché esta circunstancia y me dí vuelta en la cama, cambiando de posición. Por un momento el murmullo de la mampara y el chirrido de la cama se confundieron en un solo rumor. En el insomnio florecen los recuerdos como hongos después de la tempestad. Ahora, evocaba a Lola asomándose furtivamente a la ventana del cuarto de baño que da a la calle, aquella noche de la despedida. Emergió en la penumbra y no alcanzó sino a decir en voz baja, susurrante: "Recuérdame con frecuencia y no olvides de escribirme. Adiós", y precipitadamente cerró los batientes de la ventana. La almohada, entre tanto, iba asumiendo calidades tiernas como si fuera la mejilla de Lola. ¡Qué extraño!, precisamente cuando la claridad matutina estaba definiéndose, sentí en los párpados cierta pesadez contra la que mi voluntad se declaraba impotente.

Un sonido difuso, vibrante, llegó a mis oídos. Era un golpe de riel, suspendido de una cruz de madera en el patio, la señal de levantarnos. Me esforcé por abrir los ojos y atisbé a mis compañeros a través de una pared de agua. Pero esta sensación de vaguedad no duró mucho tiempo, porque el subteniente Salinas se presentó en lo alto de la escalera y, con voz estentórea, prorrumpió:

—Cadetes, buenos días.

—Buenos días, mi subteniente — respondimos en coro.

Este subteniente no se resignaba a admitir que los alumnos de una Escuela de Aviación fueran civiles. E inmediatamente empezó a contar hasta diez en voz alta: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9 y 10. Al llegar al último número, estábamos vestidos y aseados. Un olor de ropa nueva se expandió en el ámbito del dormitorio. Todos estábamos ataviados con overoles flamantes de distintos colores, iguales solamente en su aspecto arrugado. Las rayas de los pantalones habían adquirido un grosor que no guardaba proporción con las dimensiones de la prenda. Me enfundé en mi overol kaki, cuya confección no se acomodaba estrictamente a la forma del cuerpo. Noté que las

arrugas del overol escapaban al control de mi sensibilidad. Cosa semejante debe acontecerles a los buzos que se meten dentro de una escafandra, sin poder dominarla con el tacto. Tuve cuidado de vestir la mejor camisa blanca y me ceñí una corbata púrpura, que ya nunca más volvería a abandonarla en el aire. En el transcurso del tiempo, esta corbata se convirtió en una especie de amuleto. Tal vez era éste un rasgo de dandysmo para presentarme correctamente vestido en el otro mundo.

Al tiempo que descendíamos, en tropel, por la escalera y mientras cruzábamos el corredor, íbamos maquinalmente buscando colocación en fila, de tal manera que cuando desembocamos al patio, bajando por una pequeña escalinata de cemento, ya casi estábamos formados en pelotón y por orden de estatura. Desde un punto de vista lógico, la voz de mando del subteniente Salinas devino en algo superfluo; sin embargo, exclamó:

—Formar el personal. ¡Atención, fir!

Nunca demostró mayor agilidad el alumnado en la formación, ni el subteniente Salinas más diligencia, estimulados por la presencia del teniente Suárez.

—Pegue bien las manos a las costuras del pantalón— gritó el subteniente Salinas al alumno más alto del pelotón. Saque el pecho— agregó secamente.

El subteniente Salinas debió pensar que habíamos llenado siquiera en parte sus exigencias, cuando prosiguió ordenando:

—Alinea-ar. Numerarse.

Finalmente, mandó honores, consistentes en conservar una rigurosa posición firmes y conducir la vista hacia el superior, levantando ligeramente la barbilla, y giró 180 grados sobre los talones. Afectando un aire marcial, levemente más acentuado que de costumbre, se adelantó hacia el teniente Suárez, quien contemplaba la escena a unos cuatro metros de distancia. Unos pasos antes, recia, firmemente se paró, con ademán vigoroso alzó la mano derecha hasta la visera y, en frase concisa, dió el **parte** respectivo a **su** superior acerca de las novedades acaecidas en la Escuela: "Sin novedad, mi teniente. 25 cadetes listos para el vuelo"—dijo. El teniente Suárez, a su vez, enderezó el cuerpo hasta adoptar una actitud rígida. Con un movimiento reflejo se llevó la mano a la visera y se dispuso a **recibir el parte**. La cortesía militar exige que el inferior participe al superior, dentro de toda la escala jerárquica, de las novedades y la actividad a que se dedica el personal a sus órdenes. Los primeros resplandores del sol imprimieron en los rostros de los dos oficiales un reflejo bron-

cíneo, produciéndome la ilusión de un grupo escultórico, erigido en homenaje a la disciplina militar.

Después de escuchar, con no poca atención, el teniente Suárez se dirigió a nosotros:

—Buenos días, pelotón.

—Buenos días, mi teniente— repusimos unánimemente.

—Comedor, ¡mar!

Como una oruga gigantesca el pelotón movió hacia adelante el pie izquierdo y luego el derecho cadenciosamente, marcando un compás de cuatro tiempos: quier, dos, tres, cuatro. El acento rítmico incidía sobre el talón del pie izquierdo. Penetramos al comedor.

En la mesa experimentamos una especie de necesidad orgánica de conservar silencio. Aunque se nos hubiese permitido, incluso si se hubiera tratado de obligarnos a hablar, no se habría conseguido que despegásemos los labios. Todos nos sentíamos implicados en un común secreto psicológico: la preocupación por el vuelo. Esta tentativa inicial descifraba una alternativa en mi carrera aeronáutica: o emprendía viaje de regreso a Quito, eliminado, o lograba mi primer paso, que no constituye sino una remota posibilidad de llegar a ser aviador. Como entre iniciados, al cruzarse nuestras miradas de uno al otro lado de la mesa, cubierta con un mantel de alemanisco blanco, sonreíamos. A causa del esfuerzo por aparentar indiferencia, pues en una Escuela de Aviación hay que revelar a toda costa valentía moral y dominio del sistema nervioso, nuestras facciones no podían ocultar una tensión comparable a un recipiente de vidrio, en el estado previo al resquebrajamiento bajo la presión del agua transformándose en hielo.

Hasta que el camarero me trajera la taza de café, me dediqué a examinar la decoración del plato frutero de fabricación parisién. Sobre la porcelana se destacaba una reproducción a colores de La Ventana Azul, de Matisse. Aquella mañana me pareció más poética la composición vertical de este cuadro, sin perspectiva, en el cual el tablero de una mesa, una lámpara y florero están adosados a la pared del fondo, donde se abre el ventanal, (la persona que se asomara a la ventana se estrellaría contra los árboles del paisaje y el cielo), y más delicioso el dibujo destinado a limitar planos de color, más que a transcribir las formas de los objetos. Las diversas tonalidades del azul producían la sensación de profundidad. Aún más: sentí en el paladar el sabor exquisito de un melocotón anaranjado colocado por el artista en primer término. El tiempo y el uso del plato habían conferido a la reproducción un efecto de museo. Me hallaba en un estado tal de ánimo que hubiera podido presenciar un suceso trágico con

cierta simpatía. Durante el desayuno no me atreví a mirar de frente a mis compañeros por temor a que leyeran en mis ojos la preocupación que agitaba mi espíritu.

Al abandonar el comedor, me puse la cristina kaki, siguiendo el ejemplo de los compañeros, y me dirigí con ellos a **paso vivo** a tomar asiento en la camioneta, que esperaba junto a la puerta de calle, con el motor encendido, y echamos a correr por el camino polvoriento con dirección al aeródromo.

De Manta a Bahía de Caráquez, y en general a lo largo del litoral de la provincia de Manabí, la línea de la costa se muestra sinuosa, formando innumerables bahías diminutas, junto a las cuales se han establecido puertos de pescadores. Al lado sur de una pequeña ensenada, al noroeste del puerto de Manta, está ubicado el campo de aviación, a más o menos 15 minutos de recorrido en automóvil.

Como la Escuela de Aviación funcionaba en las afueras orientales de la ciudad, en las dependencias del estadio deportivo, para ir al aeródromo teníamos que cruzar el malecón, hacia el norte. Sin que pueda evitarlo, acude a mi memoria el edificio de la Escuela, con su fachada aceituna, pintada con cemento, que se levanta en medio de una cañada parda, a orillas del cauce seco de un río. Los montes circundantes siempre estaban cubiertos por una vegetación montañosa, sobre la que las mañanas de verano hacían llover un rocío de ceniza. Mientras permanecíamos allí, se percibía, durante el día, el golpear persistente de los émbolos de la fábrica de botones cercana y, durante la noche, se podía escuchar el suspiro sonoro, opulento del mar.

Desde aquella mañana, ya nunca olvidaré el ruido un tanto áspero como el pisotear de hojas secas en otoño, que brotaba de las llantas de la camioneta al pasar triturando cáscaras de tagua que los obreros de la fábrica arrojaban en la calzada, en el tramo correspondiente a la factoría, con el objeto de rellenar los baches que tornaban difícil el tránsito de los camiones en invierno. Mas, en verano, no prestaban utilidad alguna; al contrario, los vehículos se hundían en un tremedal crepitante.

Al salir de un recodo del camino, avistamos el mar. El sol no conseguía romper la muralla de niebla que cerraba el horizonte, por occidente, reduciendo el mar a una lámina azul, con un reflejo duro, mineral, colocada oblicuamente, como aquellas decoraciones de teatro que representan el mar y a las cuales no se ha dotado de suficiente profundidad escénica y cuyas aguas amenazan desbordarse sobre los espectadores de platea. La visión marina no duró sino breves instantes, porque desapareció detrás de una hilera de casas, para volver a aparecer a trechos, hasta que el camino torció en sentido

opuesto a la playa. La última vez que lo divisé fué al atravesar el barrio de pescadores, denominado Tarqui, donde las redes tejidas por arañas mitológicas cuelgan de las buhardillas de las casas. Un olor astringente, a pescado muerto, saturaba la atmósfera gris, cargada de humedad salobre.

Seguramente, el azul del mar produjo un efecto sedante a mis nervios. De improviso, me sentí algo optimista. Un placer difuso invadió mi ser, una cosa deleznable, aunque con características delicadas bastante definidas. Hasta me sentí animoso. Cada vez que la incertidumbre de mi aptitud orgánica para el vuelo intentaba saltar a la conciencia, me esforzaba por recordar versos de Valery o Mallarmé, a fin de desviar la atención hacia otro asunto. Ya estaba a punto de manifestarme agradecido con lo bondadoso del color azul, cuando comprendí que, traidoramente, me hacía daño, porque mis compañeros que lo llevaban impreso en la retina, al mirar mi corbata púrpura, no podían reprimir un signo, no por casi imperceptible menos evidente, de desagrado. El contraste cromático les resultaba insufrible, tanto más que ninguno llevaba corbata. Por otra parte, el contraste físico determinó un contraste psicológico: sobre la disposición de ánimo (azul) de mis compañeros, cayó la mancha antipática (púrpura) de mi corbata. Uno de ellos me miró con cierto desdén y adoptando un aire sardónico, señalándome el pecho con el dedo, dijo: "Vamos a asistir al primer vuelo de un cardenal". Todos rieron a carcajadas. Esta fué la señal para dar rienda suelta al buen humor; sin embargo, en el acento de la risa un observador perspicaz hubiera descubierto un matiz insincero. El pretexto para reír había sido descubierto. No faltaba sino la chispa para que se inflamase todo rastro de amargura.

Hubo un momento en que nuestro buen humor evolucionó hasta la euforia, y, mediante un acuerdo tácito, nos pusimos a cantar, como solíamos hacerlo en días anteriores, a la caída de la tarde, subidos a la mampara del dormitorio, una parodia de la canción de moda:

"Y van llegando,
y van llegando los aviadores".

El teniente Suárez paseó una mirada de experto sobre nosotros y no pudo ocultar del todo una sonrisa irónica. A él, que había instruído unas tantas generaciones de aviadores militares, no se le escapaba lo que aquella alegría significaba.

Nuestro humor fué tan intenso que, por razones de equilibrio, no podía durar mucho tiempo. Uno a uno, mis compañeros sacaban cigarrillos y se ocupaban en prenderles fuego. Poco a poco, decayó la charla y se hizo el silencio. Yo no fumo. Por consiguiente, traté

de sacar partido de esta circunstancia. Ante todo, intenté revisar en la memoria las nociones de aeronáutica que me desvelaron la noche anterior. Este recuerdo me sirvió de eslabón psicológico para reincidir en el mismo complejo de ideas: la incertidumbre de si poseía o no **sentido de vuelo**, el retorno a casa eliminado, la restitución del dinero, etc. Este momento se hizo presente en el recuerdo la sonrisa volteriana de aquella amiga de Lola, que era capaz de dispararme a quema ropa: "Cómo ha llegado, mi querido aviador. Lola estará orgullosa de Ud. Entiendo que el curso ha terminado ya y Ud. ha obtenido el correspondiente brevet de piloto".

Para romper el maleficio de esta obsesión, extendí la mirada sobre el paisaje reseco. El verano había secado hasta la última gota de clorofila de los tallos y las hojas. ¡Cómo me divertí pensando en que, si alguna persona dejase caer fuego, podía incendiar el panorama! Además, el ocre amarillo del polvo acentuaba hasta lo inverosímil la aridez de la sabana. En esto, advertí que los árboles pasaban veloces a mi lado sin que, ni remotamente, me provocaran mareo. Era una experiencia interesante. Recogí la mirada y la clavé en el suelo. La camioneta corría, dejando atrás la cinta de la carretera que se deslizaba rauda, en sentido inverso. "Nada, nada, el vértigo no me afecta"— pensé, y mi rostro se bañó de una extraña luz, la luz de una certeza repentina. La inteligencia, a veces, acepta datos parciales para llegar a conclusiones interesadas, destinadas a proporcionar tranquilidad al espíritu.

¿Quién sabe si este optimismo, de cuya entraña brotó un relámpago de alegría, no duró mucho tiempo por lo sofístico de su origen? El hecho es que la preocupación por el primer vuelo fué desapareciendo de mi mente como conflicto; pero, al mismo tiempo y en razón inversa, iba saturando mi espíritu de un estado general depresivo, comparable al ambiente plástico que emana de la armonía total de un cuadro. De tal manera que, a medida que la maléfica obsesión se diluía en las capas inferiores del alma, ésta era presa de una ternura proclive al llanto. Sin razón aparente, reconstruí en la imaginación la escena lúgubre de aquella mañana de principios de verano, en que, al salir a la calle para incluirme en el cortejo fúnebre que acompañaría al entierro del cadáver de mi padre, me sorprendí de que la luz del sol fuese todavía dorada. Cuando retorné a casa, después de inhumar los despojos mortales en el cementerio, me encerré en mi pieza y me tendí sobre el lecho, agobiado, lelo, en ese estado de insensibilidad a que conduce un dolor extremo. Ha poco, alguien tocó la puerta y me participó que debía pasar a la mesa. Creo que fué Valentina, la vieja criada, a juzgar por el murmullo que producían los

pies arrastrándose por el corredor. Todos los miembros restantes de la familia —mi madre, dos hermanas y yo— ocupamos nuestros asientos habituales. Al servir los platos a cada uno de los comensales, la vieja criada dudó brevemente si depositar o no un plato delante de la silla vacía de mi padre. Mi madre acudió en su ayuda, dirigiéndole una mirada convencional, que hizo comprender a Valentina que debía servir un plato en el lugar del difunto y, afable, con esa dulzura infinita que ponemos en la mirada cuando soportamos un gran dolor, se volvió hacia mí, pidiéndome que ocupara la cabecera de la mesa, con estas suaves palabras: "Hijo mío, ya que tu padre, a quien Dios guarde en el cielo, nunca más estará con nosotros, tú le sustituirás en la mesa". Las últimas sílabas las pronunció ahogadamente y llevó el pañuelo de ribetes negros para enjugarse los párpados. Salió la criada del comedor, y todos nos entregamos al llanto, como si esta persona extraña hubiese sido un obstáculo. Yo lloré mucho, porque ya nadie estaba presente para compadecerme. Un hombre ante el público, o llora en el escenario durante una representación dramática o reprime las lágrimas, que forman una nuez amarga en la garganta.

Cuando alcé la vista y miré a mis compañeros, sentí que mis ojos estaban a punto de nublarse. Comprendiendo lo peligroso de mi situación, traté de sonreír sin motivo y hasta formulé un chiste: "Estoy dedicando a la mujer de los sueños mis últimos recuerdos, porque, ¿quién me garantiza que retornaré con vida?" Entonces, para neutralizar la depresión de que era víctima, conscientemente volqué la atención sobre el mundo exterior. El peligro consistía en dejarse absorber por los recuerdos fúnebres; por tanto, había que imponer a la mente alguna actividad objetiva: al principio, me puse a contar los árboles de la vera del camino a la velocidad del vehículo. Luego, avizoré las nubes para observar la forma que adoptaban en el cielo: ora semejaban la cabeza de un bisonte, ora una cordillera escarpada, sobre cuyo pináculo se distinguía a un arquero pronto a disparar una flecha, como esas ilustraciones en blanco y negro de la historia antigua, en las cuales se ve a un guerrero, en el Paso de las Termópilas —pongamos por caso— con el arco tenso.

Pero, entre aviadores, no solamente hay que demostrar serenidad, sino completa indiferencia ante la muerte. Por temor a que mi posición un tanto rígida denotara falta de espontaneidad, me arrellané en el asiento en busca de mayor comodidad, crucé las piernas una sobre otra, desaté los brazos entrelazados sobre el pecho y, presionando la mano izquierda, doblada, entre la palma y los dedos de la mano derecha, hice crujir las articulaciones, una después de otra. Decididamente intervine en la conversación, que por momentos se

tornaba muy animada. Esta conversación más bien era locuacidad. Se notaba que hablábamos no por deleite sino para ahuyentar el silencio, propenso a revelar la intimidad.

Pese a los signos exteriores, me hallaba en pleno agotamiento. Entre tanto, la camioneta devoraba la distancia. Hasta que al superar una pequeña hondonada, apareció el aeródromo, cercado por una empalizada pintada de blanco. A la vista del campo de aviación mi corazón latió fuertemente, y experimenté una especie de renacimiento en lo íntimo de mi ser.

El centinela del aeropuerto, que vestía uniforme tropical de dril y que portaba fusil con la bayoneta calada sobre la espalda, después de abrir la verja de madera lo suficiente para dejar vía libre a la camioneta, se paró delante de la pilastra derecha, encalada y un tanto sucia de polvo, del portón, y asumió una rigurosa **posición firmes**, forma de saludo reglamentaria de un centinela a la entrada o salida de cualquier oficial en el lugar que monta guardia. Mediante una simple asociación de ideas me representé en la memoria la imagen de la verja, entretejida de rejas de madera pintadas de verde, que separaba el jardín y el huerto en la casa de campo de mi tío Luis, donde íbamos a pasar las vacaciones de fin de año escolar, en otro tiempo, y que estaba cubierta en lo alto, a manera de dintel, por una floración de bugambillas que recargaban sus corolas rosa pálido sobre la fronda de la enredadera. Los colores tiernos de las bugambillas parecían toques líquidos de una acuarela, aplicados por un pintor sutil sobre un fondo de verde veronés. Ah, y allí cerca dormía un estanque de cristales sombríos, en el que mi prima Cecilia y yo hacíamos bogar barquichuelos de papel que se posaban, igual que las palomas, sobre la rama translúcida del agua. De los tres oficiales que viajaban en el pescante de la camioneta, solamente uno de ellos, el teniente Suárez, que ese momento era el de más alta graduación, contestó displicentemente el saludo del soldado raso.

A medida que se acercaba la hora fatal del vuelo, a la que estaba decidido a enfrentarme, si no con mucha valentía, por lo menos con bastante resignación, notaba amenguarse mi sentido crítico. Todavía miraba las cosas con alguna curiosidad; pero sin asimilarlas a la inteligencia. Esta separación objetiva y subjetiva de las cosas en mi mente trajo como consecuencia que los objetos del mundo exterior cobraran lejanía, perfil un tanto duro, frialdad física, como mobiliario usado que se arroja en el desván pierde el **aire de familia** que le confiere la inteligencia con el análisis y queda fuera del alcance de la tibia claridad de la fantasía. Es decir, mi mentalidad este momento, al alejarse de lo intelectual, se aproximaba a lo turístico.

Con este punto de vista me puse a observar, mientras recorriamos una extensa avenida de alambres de púas, interrumpida al fondo por los hangares en construcción de la Escuela Civil de Aeronáutica de Manta, el pequeño y elegante edificio de La Panagra, en el costado izquierdo de la vía, cuyos colores decorativos, no obstante mostrar cierta severidad, ponían una nota rococó en este agobiador desierto pardo amarillento, donde las manchas blancas de los discos, colocados a uno y otro lado de los extremos de las pistas dobles (una de arena para el verano y otra empedrada para el invierno, cada una de las cuales medía 25 metros de ancho) prodigaban descanso a los ojos como un oasis de color. Allá, en la mitad del campo, flotaba, sujeta al tope de un asta, una nube de lienzo (a la cual en navegación aérea se conoce con el nombre de **manga de viento** y que sirve para indicar **grosso modo** su dirección. Los datos de la manga de viento son de especial importancia para el aviador que consulta las corrientes de aire antes del vuelo, puesto que el **decollage** y el **aterrizaje** están condicionados a la dirección del viento) que al henchirse de aire tomaba la forma de un enorme cuerno de la abundancia; en caso contrario, se chorreaba a lo largo del palo que la suspendía, como las mejillas ampulosas de una jovencita rozagante a quien volvemos a encontrar al cabo de mucho tiempo, y sus facciones caídas se escurren hacia el mentón, desencajando el rostro e indicando que el viento de la juventud ha cesado.

La camioneta curvó hacia la izquierda, y nos metimos al campo por una abertura de la alambrada, en un lugar inmediato a la pared posterior de los hangares, y de repente asomamos junto al sitio de estacionamiento de las máquinas, en el espacio comprendido entre la pista oriental y los hangares. Las avionetas estaban alineadas a 25 metros de intervalo, con el frente al mar, y los motores prendidos, numeradas del uno al cuatro (unos grandes números pintados con albayalde marcaban las puertas de los costados de las avionetas: 1—2—3—4). La rotación de las hélices suscitaba a ras de tierra un huracán de polvo. El rumor de los motores me envolvió en una marejada de sonido espeso, desapacible, sólido, ensordecedor.

La camioneta se paró, e inmediatamente, uno a uno, salimos del vehículo. El primero en echar pie a tierra fué el teniente Suárez. Los otros oficiales le siguieron, y nosotros detrás de ellos. El teniente Suárez abandonó el asiento del pescante, junto a la ventanilla del lado contrario al del chofer, y, a paso acelerado, enfiló en dirección al lugar del estacionamiento de las máquinas. Vestía chompa de gabardina kaki, insuflada por la brisa como una manga de viento, cuyos faldones los había hundido dentro del pantalón, confeccionado

de la misma tela, aunque de una tonalidad más oscura que denotaba novedad, y suspendidos de un cinturón ancho de lona, de aquellos que usa el Ejército Norteamericano. (En efecto, cuando por azar llegué bastante cerca del teniente Suárez pude leer sobre el cinturón la abreviatura USA, estampada en negro). Calzaba medias botas de tubo cafés. Este detalle revestía no poca importancia, desconocida hasta entonces por nosotros, según pudimos comprobarlo en el transcurso del tiempo, pues estas botas eran algo así como un signo meteorológico del carácter del teniente Suárez. ¡Ay, de nosotros el día tabú en que el teniente viniera al aeródromo sin las botas cafés!

Hubo trecho más que suficiente, desde la camioneta hasta los aviones, para no dejar pasar desapercibido un fenómeno, no por casi imperceptible, menos extraño: la transición que sufrían gradualmente los oficiales y el ambiente. De principio, sentimos la imposición de un ritmo veloz, casi sin respiro: frenó la camioneta, todos nos lanzamos fuera vertiginosamente y ahora marchábamos pisoteando la grama calcinada por el verano, a paso rápido, urgente, como si persiguiéramos a alguien o alguien nos persiguiera a nosotros. O más bien: como si fuéramos perseguidores y perseguidos. Y, luego, los oficiales se **deshumanizaban**. Hasta entonces yo no había notado que algo orgánico les faltaba: las alas del avión. Algo tan natural, que se sentían en el aeródromo como aquellas aves a las que se ha cortado las guías y, de pronto, descubren que pueden nuevamente volar. Al mismo tiempo, una levadura de amor propio les abotagaba de orgullo las facciones del rostro.

Cuando el teniente Suárez se volvió hacia nosotros para gritar a pleno pulmón: —¡Formar los cadetes con sus respectivos instructores!, sus ojos despedían un rayo visual poderoso, desmedido en relación a la distancia en que se encontraba el objetivo de la visión, como cuando, al leer, acercamos demasiado un libro y los caracteres se agrandan. Decididamente, el teniente Suárez acababa de recuperar su mirada potente, aquella con que oteaba el horizonte desde los 30.000 pies de altura. Pese a lo esforzado de la voz, ésta llegó a nosotros un tanto desvaída, a causa de la dificultad para atravesar la pared de sonido, producido por los motores de las avionetas.

En carrera tendida y dando pábulo a una exigencia reglamentaria que ordena formar a diez pasos más o menos frente al superior que **comanda**, nos alineamos, mis compañeros de grupo y yo, frente al subteniente Puente, a corta distancia de la avioneta N° 3. Nuestro Instructor comenzó a hablar; pero en su acento, no solamente no se percibía una resonancia humana, sino que se descubría en él un origen ultraterreno. A ello contribuía la atmósfera de cataclismo

que nos envolvía: el zumbido de las cigarras de un estío sobrenatural, el trepidar de las avionetas que contagiaba temblor al suelo y que lo experimenté, engañosamente, bajo los pies, en virtud de un movimiento reflejo de los nervios, y la tromba de aire, proveniente de la hélice, que limpiaba el polvo de la explanada, detrás de la cola de los aviones. El subteniente Puente se puso a nuestras órdenes y nos aseguró que no deseaba ser superior, sino un camarada. Después de esta pequeña introducción, pasó a explicar que la teoría del vuelo la iría dando simultáneamente con la práctica, en el aire. Eso sí, no repetiría en tierra dos veces una misma instrucción. Que hay que volar con los cinco sentido, **reaccionar** rápidamente y adelantarse, en lo posible, a los movimientos. "Cuando Uds. piensen en virar, ya deben estar virando"—dijo, e ilustró la teoría con un ademán de la mano extendida, trazando en el aire un ángulo de noventa grados. Y agregó con humor maligno: "Procuren no estorbar el movimiento de los comandos, haciendo resistencia durante las maniobras, porque podemos matarnos. Aquí lo frecuente es masticar los sesos como chicles". Su natural silencioso y cierta dificultad en la locución le impusieron sigilo.

Y he aquí que ásperamente, bruscamente, brutalmente el subteniente Puente sacudió mis nervios, ya cansados, insensibles, con esta orden perentoria:

—Cadete Navarro, al avión.

Automáticamente adelanté el paso y salí de la formación. Ni siquiera palidecí, acordándome que desde ese instante me hallaba bajo la mirada escudriñadora del Instructor. Un latido me conmovió el corazón, tan adentro, que parecía una moneda no identificada al fondo de un estanque.

El contenido interior, intelectual y emocional, parece que dota a la distancia física de una especie de tercera dimensión, a la cual no es posible medir con un tiempo astronómico sino con un tiempo espiritual. De otro modo no podría explicarse que, aunque no tuve que recorrer mucho espacio desde la fila hasta la avioneta, sin embargo, experimenté ese minuto decisivo una sensación de volumen que persiste intacta, solemne e inefable en mi recuerdo.

Al ingresar en la zona huracanada, dividida en dos mitades por el fuselaje del aparato, como un corte transversal en un embudo de aire, cuyo cono naciera en la hélice, el subteniente Puente se adelantó unos pasos y abrió la portezuela derecha de la avioneta, no sin antes vencer la resistencia del viento. Afirmó la punta del pie derecho en un ángulo de tubo de hierro que pendía del fuselaje, bajo el umbral inferior de la portezuela, y desapareció dentro de la cabina.

Yo esperé bajo la amplia ala del monoplano, sosteniendo la portezuela para que no la cerrara el ventarrón, mientras del asiento delantero de la cabina salía el mecánico, una vez que el subteniente Puente se había hecho cargo de los comandos. Las piernas del overol flameaban como gallardetes en lo alto de un mástil. Era tal mi confusión de sentimientos que la sombra que proyectaba el ala de la avioneta sobre el suelo dorado por el sol, me envolvió en una sensación de alivio protector, tibio, como el ala desplegada de una gallina mágica. Hubo momento en que corrí el riesgo de palidecer: cuando la corriente de aire casi arrastró consigo mi cristina. Desesperado, me llevé una mano a la cabeza y con la otra me aferré cada vez más al manubrio de la portezuela. ¡Cómo se hubieran reído de mí los compañeros! Hubiera sido la válvula de escape para sus nervios, reprimidos hasta el disimulo, y la oportunidad para traslucir la tácita conspiración contra mi corbata púrpura, de igual manera que un romántico no hubiera desaprovechado la oportunidad de burlarse del chaleco parnasiano de Gauthier.

Este minuto de espera se caracterizó, sobre todo, por lo múltiple y trunco de mis emociones. Aún no adquiría pleno desarrollo una emoción, cuando ya era suplantada por otra, que tampoco se desenvolvía hasta el final. Así fué cómo aún no me reponía del susto de la cristina, y ya el instructor me reclamó del fondo de la cabina.

—Apúrese, cadete Navarro. Perdemos tiempo.

El mecánico, entre tanto, pasó a ocupar mi lugar y contuvo la portezuela hasta que se cerró detrás de mí, con fuerte estrépito. Un pestillo automático la aseguró herméticamente.

Aunque la portezuela de la avioneta se asemeja a la de un automóvil, la entrada en la cabina de la máquina, con el motor prendido, no es muy cómoda. Y en circunstancias de un primer vuelo, peor. Me aferré a los tubos que forman el armazón de la parte superior de la cabina, donde descansa el tanque de gasolina, y me dejé caer pesadamente sobre el asiento delantero. Una descarga eléctrica helada me recorrió la columna vertebral, como si hubiese tomado asiento en la silla eléctrica antes de la ejecución. Lógicamente, debí palidecer; pero me fué imposible, porque la mirada escrutadora del subteniente gravitaba sobre mí. ¡Ay de mí, no me quedaba ni ese pequeño desahogo del susto que es la palidez! Ahora no solamente tenía que preocuparme de dormir los nervios, sino también de impedir que el frío marfil del temor se me transparentara en el rostro.

—¡Amárrese con el cinturón!— gritó con énfasis el subteniente Puente. (A partir de hoy, ésta sería la tesitura normal de la voz del

instructor, durante el vuelo, pues había que destacarla sobre el fondo estentóreo de la hélice).

De inmediato, cumplí la orden del subteniente. Dí vuelta en torno al talle un ancho cinturón de lona, sujeto por los extremos al asiento, y me abroché el mecanismo especial de la hebilla que, así como prestaba toda seguridad en el aire, permitía abrirse de un golpe de mano en caso de emergencia.

El método pedagógico empleado en esta Escuela de Aviación consistía en fusionar lo práctico y teórico de las nociones, que el instructor repetía al alumno hasta la obsesión, hasta conseguir de él una reacción teórico-práctica instantánea, automática. Para ello, al tiempo que se dicta la explicación científica, mediante la **instrucción de doble comando**, se va educando, inconscientemente, el tacto del aspirante a piloto. De tal modo, que ambas fases de la operación de navegar, ya en el aire, son simultáneas. Con el tiempo, el cerebro del piloto aislado asume el rol del instructor, dictando órdenes.

Los aforismos aeronáuticos: "Hay que sincronizar los movimientos de los comandos con el cerebro del instructor"; "hay que adelantarse a los movimientos", no parece que persiguen otra finalidad que la de transformar al aviador en hombre automático, en cuyo cerebro coinciden lo objetivo y subjetivo de un acto, como los puntos de dos triángulos superpuestos. A un aviador no le está permitida ninguna especulación, en el espacio, acerca de lo objetivo y subjetivo de una decisión, porque simultáneamente al pensamiento comienza la acción: "cuando piensen virar ya deben estar virando". En la mente de un aviador está anulada completamente esa atmósfera intermedia que la inteligencia, la emoción y hasta el corazón pueden colocar entre un acto mental y su realización. Tal vez sea esto lo que se denomina **sentido de vuelo** de un aviador: esa suerte de inteligencia instintiva.

Por fin, llegó el momento de llevar a la práctica todos aquellos movimientos que ejercitara, durante toda la velada, entre sábanas. Apoyé blandamente los pies sobre los pedales, empuñé con delicadeza el bastón de comando y con la mano izquierda así el botón del acelerador.

—¡Acomódese bien y **sienta el avión!**— expresó el subteniente Puente desde el asiento de atrás, y su voz tenía inflexiones un tanto duras y hasta coléricas. Este instructor había tomado su profesión con celo algo desmedido, que rayaba en una rara hostilidad. El aviador en ciernes era un enemigo en potencia, no porque podía llegar a ser piloto como él —lo cual hubiera revelado un sentimiento poco generoso de rivalidad— sino, al contrario, porque podía no llegar a

ser piloto. El instructor Puente estaba obligado a pensar en alta voz. Ninguna maniobra carecía de su explicación y realización simultáneas. Por ejemplo: al decir "aumento 200 revoluciones a la hélice", empujaba con la mano izquierda el acelerador, y ya el puntero señalaba la adición en la esfera del tacómetro.

Pero, ¡cuán lejos me hallaba yo a la sazón de **sentir un aparato!** A ese estado de sensibilidad aeronáutica, en que se percibe sensaciones con el extremo más lejano del ala, así como las sensaciones orgánicas se experimentan en las yemas de los dedos o en el ápice del cabello, y en el que al aterrizar se siente aproximarse el suelo como si se acercara la palma de la mano a la irradiación de una llama, no se llega sino después de haber perfeccionado el sentido de vuelo en un tiempo límite de 8 horas de instrucción de doble comando, tiempo más que suficiente para que un aspirante a piloto pueda evidenciar sus facultades, o si debe ser eliminado.

No obstante, traté de acomodarme lo mejor que pude, arrellanándome y adhiriendo opresivamente los homóplatos al espaldar del asiento. Este era el secreto para sentir el aparato, y, por otra parte, la nivelación del avión en el aire, ya sea en vuelo recto y nivel, o trepando, o en planeo —según se nos indicara en la breve clase de navegación aérea, la víspera— dependía de la postura cómoda, inmovible, del piloto en su butaca muelle.

—¡Pruebe los comandos!— ordenó en tono académico el subteniente Puente. Porque tanto en una Escuela de Bellas Artes como en una Escuela de Aviación se imparte enseñanza rigurosamente académica: la manera de aplicar los colores sobre la rosa cromática, o de imitar en arcilla el dintorno de una hoja de acanto griega, equivale a las nociones elementales de probar comandos, ir **taxeando** hasta la pista, probar magnetos y, después de tomar posición en la **línea de vuelo**, decollar en línea recta sin salirse del camino imaginario trazado en el aire por los límites laterales de la pista, señalados por dos inmensos discos nacarados.

No sin brusquedad, el subteniente Puente sacudió el bastón y, alternativamente, presionó los pedales con los pies. El objeto de esta maniobra es preventivo: provocar artificialmente el desperfecto de algún mecanismo que no esté en perfectas condiciones de vuelo, especialmente en los cordones de acero que comunican los movimientos a los **alerones** y al **timón de cola**. Y sin más explicación que la frase: ¡Pondrá atención a lo que vaya haciendo, so. . . .! (Sobre estos puntos suspensivos, Ud., lector, se servirá poner la palabra menos amable de su diccionario personal), aumentó revoluciones a la hélice,

aflojó los frenos y la máquina comenzó a rodar en dirección a la línea de vuelo, a campo traviesa.

A todo esto, yo reaccionaba pasivamente con un estoicismo sublime. El susto renovado y constante había ido filtrando poco a poco en mi psicología una substancia anestésica, hasta revestirme de una tranquilidad pétrea, que no era otra cosa que el más alto grado de sobresaturación emocional. Tenía la vista clavada en las esferas del tablero de comando, y por eso caí en la cuenta que fluctuaba el número de las revoluciones de la hélice, de acuerdo con la mayor o menor resistencia del viento, mientras la avioneta marchaba lenta, serpeando. ¡Nunca viví mayor silencio que en medio de este zumbido de millones de abejorros metálicos, encerrado en mi cabina, como un caracol metido en sí mismo oye la resonancia del mar!

El movimiento de los pedales no dejaba de ser caótico y laborioso, asemejándose a la rapidez con que los niños mueven los pedales de un utomóvil de juguete en una avenida del parque. Y la razón para esta laboriosa actividad es bastante obvia, pues apenas se presiona el pedal izquierdo, ya el aparato sigue esa dirección; pero como inmediatamente hay que cambiar de rumbo, aplastando el pedal derecho, llega un momento en que los pedales obran en sentido inverso a la dirección del avión. Esta maniobra, a más de académica, es precausiva (todo está previsto en aeronavegación), porque el aparato no dispone de campo visual hacia adelante, ya que el **ángulo de ataque** del avión impide columbrar la línea del horizonte. En compensación, se busca visibilidad por los costados de la nave, cambiando de frente, sucesivamente, a la derecha y a la izquierda.

Según la manga de viento, la corriente de aire azotaba de sur a norte. Por tanto, debíamos decollar del extremo norte de la pista, y allá nos dirigimos con la avioneta hasta colocarla en sentido perpendicular a la pista más larga, que mide 1.200 metros; probamos magnetos, operación que consiste en hacer funcionar el motor al máximo de desarrollo, o sea, cuando la hélice gira a una velocidad de 2.500 revoluciones, y levanta la más alta y espesa polvareda. **Cuádramos** la máquina en la línea de vuelo, sobre el eje longitudinal de la pista de tierra, al centro, y el subteniente Puente hundió el acelerador **a fondo**, y ya no recuerdo nada explicable con palabras. Mi cerebro fué presa de un aturdimiento total, y la conciencia se convirtió en algo tan desobligante, tan inútil, que su facultad quedó reducida a una simple función óptica. A través de una vitela ocre, que esfumaba la visión, ví salir a mi encuentro, a una velocidad incalculable, una cinta parda, cuyos límites pasaban rozando, como dos tangentes paralelas, mis pupilas. De repente, sentí al fondo del estó-

mago una burbuja helada: era el vértigo que flotaba con la misma inquietud de una burbuja de aire en un nivel. El avión **despegó** y trepaba, y, sin embargo, no sé qué imán poderoso retenía mis pupilas adheridas al tablero de control. Una especie de somnolencia que se apoderó de mí me impidió identificar la línea circular del horizonte, donde se juntan el cielo y la tierra. La máquina ya volaba a nivel, horizontal, a 200 pies de altura, cuando el subteniente Puente me sacó del marasmo con un grito hosco, al tiempo que el avión viraba hacia la izquierda:

—Vuelva la cabeza al campo, dormido. Fíjese que estemos vi-
rando paralelamente a la pista transversal.

Volví la cabeza, pero no ví la pista. La mirada se detuvo en uno de los tubos laterales del armazón del fuselaje, y torné a clavar los ojos en el tablero de comando. Volábamos en trepada, sobrepasando los 300 pies de altura, a 50 millas de velocidad, y el tacómetro indicaba 2.000 revoluciones de la hélice.

Por disposición reglamentaria de tráfico aéreo, de la cual me enteraría en el transcurso del tiempo, se nivelaba la máquina a los 200 pies de altura, se hacía un viraje a la izquierda, mirando al campo, para prevenir una catástrofe, pues podía darse el caso de que un avión imprudente decollase inmediatamente detrás del nuestro, y, después de corto trecho de vuelo, se **salía del tráfico** con un **viraje escarpado** (es decir, con el ala muy inclinada a fin de que se distinguiera la maniobra desde tierra y pudiera decollar otra máquina) de 45 grados a la derecha.

Al contrario de lo que puede presumirse, la curiosidad se ha amenguado en el aspirante a piloto, y aún en el aviador: el piloto mira la tierra incidentalmente, sin dedicarle mayor atención, en los breves intervalos en que deja de observar los instrumentos de navegación, y en un primer vuelo, más por instinto que por temor, el cadete se ve obligado a hundirse en la cabina, como el caracol que en la playa escucha pasos y se sumerge dentro de su claustro calcáreo. Además, sometiendo a la inteligencia al trabajo de control de los instrumentos de vuelo, se engaña algo a los nervios; aunque no mucho al instructor.

Ninguna experiencia de observador hubiera inferido de este vuelo, a no ser por esos terribles virajes, en que yo vencía el cuerpo en sentido contrario (¡Ignorante de mí: no sabía entonces que a esa actitud equivocada se debían esas apremiantes sensaciones eutrapélicas!), y en los cuales se me forzaba a atisbar, con una mirada imparcial, con un golpe de vista total, la selva, con sus mínimas ondulaciones, y el mar, que a través del parabrisas de vitela, presentaba

un aspecto de tarjeta postal un tanto desvaída, o con el carácter irreal de un paisaje marino de esos films en technicolor, con aguas de un azul recargado y sin embargo transparentes.

De improviso, me encontré **planeando** a 45 millas de velocidad frente a la pista de aterrizaje. Otra vez la faja de tierra corría despavorida hacia mí. Pero esta visión fué momentánea, porque a medida que el avión recobraba la posición de tierra, desaparecía el horizonte, y ya no se observaba el suelo sino de reajo, y, finalmente, el piloto confía en el tacto de la región glútea el momento preciso, matemático, para asentar en el suelo el tren de aterrizaje y el patín de cola. Fué aquella mañana en que divisé por vez primera aquel arbusto coposo que, en adelante, me serviría de hito de referencia para **tomar pista** en el aterrizaje.

Un momento dado se cirnió sobre mi cabeza un polvillo sutil, que se desprendió del techo de la cabina. Seguramente fué el momento en que entramos en contacto con el suelo. Nos deslizamos unos 500 metros sobre la pista, hasta que el subteniente Puente aplicó los frenos, y la avioneta paró a raya. Mi instructor, afable, me despidió con esta expresión:

—Bájese y llame al siguiente cadete.

Miré hacia fuera, con honda, íntima satisfacción. Solté los comandos, abriendo los dedos como si fueran trozos de fuego, y empujé la portezuela. Me paré en el vano de la avioneta con un aire de hombre de mundo y sonreí irónicamente a mis compañeros, como un iniciado en el secreto del vuelo. Mis ojos, en cambio, habían perdido expresión a causa del polvo acumulado sobre las cejas y las pestañas, como esos actores que no han oscurecido cejas y pestañas, con maquillaje, más que el color de las pupilas, y sus ojos se tornan inexpressivos, muertos.